LA PRIMERA CURA.

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

RAMOS CARRION Y VITAL AZA.

Estrenada en el Teatro LARA, el 2 de Diciembre de 1882.



MADRID.—1882.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.° 18.

REPARTOS.

—

EN EL TEATRO DE LA COMEDIA.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOLITA	SRA. FERNANDEZ (D.ª D.).
MERCEDES	SRTA. LAMADRID.
PACA	SRA. PASTOR (D.ª B.).
ROBERTO	SRES. MARIO.
DON RUFINO	ROSSELL.
EL DOCTOR	AGUIRRE.

EN EL TEATRO LARA.

SOLITA	SRA. VALVERDE.
MERCEDES	SRTA. ABRIL.
PACA	SRA. MAVILLARD.
ROBERTO	SRES. RUBIO.
DON RUFINO	RIQUELME.
EL DOCTOR	ARANA.

Época actual.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Cuando, escrita en tres actos, se estrenó esta obra en el Teatro de la Comedia, alcanzando tan lisonjero éxito, que se representó diez y siete noches consecutivas, la prensa unánime, con una benevolencia que nunca agradeceremos bastante, hizo de ella grandes elogios, así como de su interpretacion, que fué notabilísima.

Sin embargo, y unánime tambien en esta opinion, juzgó que el asunto de la comedia era escaso para tres actos, y que, escrita en dos, hubiera producido mucho mayor efecto.

Recordando nosotros este acertado juicio, y comprendiendo que la ejecucion de la obra por los artistas que componen la compañía del Teatro Lara podría ser excelente, nos decidimos á seguir el consejo de la prensa, haciendo la reduccion de la comedia, que, llevada á la escena, ha obtenido, con una interpretacion muy notable, un éxito superior á nuestras esperanzas.

La comedia es la misma, pero despojada de aquellas escenas que entorpecian la accion, produce efecto más vivo, y agradeceremos por esto á los directores de los teatros de provincias que la prefieran á la obra en tres actos.

Conservamos el *reparto* primitivo como una muestra de consideracion y agradecimiento á los artistas que la estrenaron tan á satisfaccion nuestra y del público, y no excluimos el segundo por la misma clase de consideraciones.

Debemos consignar tambien que el Sr. Ruiz de Arana, con una modestia que le honra, no ha tenido el menor inconveniente en aceptar el papel de Doctor, que no es de galan jóven.

Madrid: Diciembre de 1882.

Los Autores.

Madrid 19 *de Noviembre de* 1880.

SR. D. NICOLÁS NORIEGA.

GIJON.—(Quinta de *La Granja*.)

Querido amigo nuestro: Ha llegado el momento de demostrarle que no le olvidamos.

Cuando tres meses hace escribíamos en Gijon esta comedia, más de una vez interrumpió Vd. nuestro trabajo para llevarnos á las pintorescas orillas del Piles, donde éramos el terror de los peces y el asombro del cachazudo *Mariñan*.

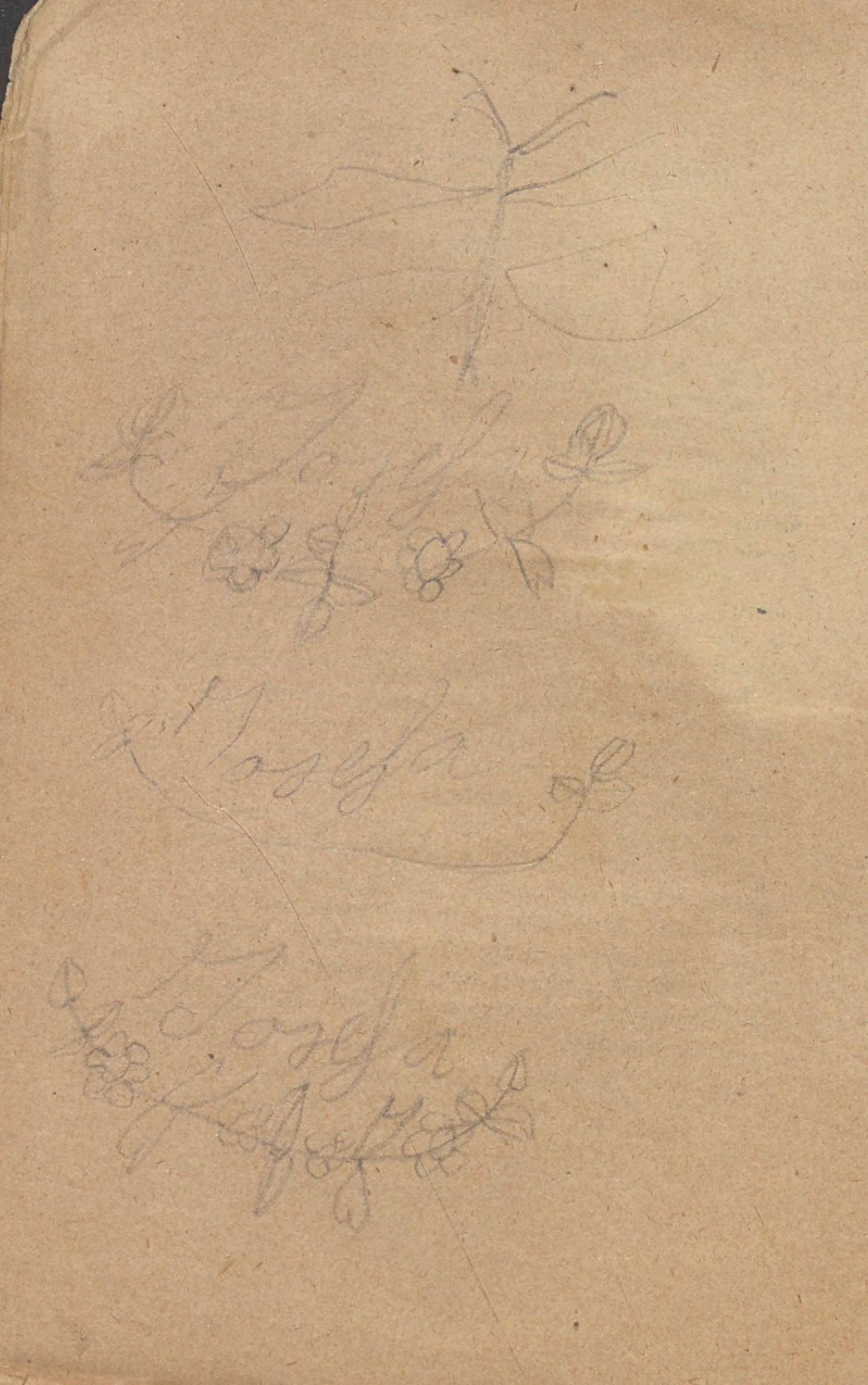
Si nuestra obra hubiera disgustado al público, ante nuestra conciencia, Vd., y sólo Vd. sería el responsable de la derrota: que el autor silbado siempre encuentra álguien á quien echarle la culpa.

Felizmente el público ha recibido con aplauso la comedia. Justo es que, en compensacion de la responsabilidad que á Vd. amenazaba, estampemos su nombre en la primera página como una muestra de nuestro cariño y en recuerdo de aquellas agradables excursiones.

No crea Vd., sin embargo, que nos apropiamos lo que no nos pertenece. Gran parte del éxito se debe á los artistas que han interpretado esta obra, y muy especialmente al Sr. Mário, que, dando una prueba más de su privilegiado talento, obtuvo una merecidísima ovacion.

Admita Vd., amigo Noriega, la cariñosa dedicatoria de este juguete, y disponga siempre del afecto de sus verdaderos amigos

MIGUEL Y VITAL.



ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante con dos puertas á cada lado. La segunda derecha, del actor, figura balcon; la primera izquierda, que tiene mampara, con un tarjeton por de fuera que dice en letras gordas CONSULTA, se supone que da al recibimiento y las otras dos á las habitaciones más interiores. Al foro dos librerías, y entre ellas, sobre un *bureau*, un armarito con cristales, dentro del cual hay frascos, botes, estuches, vendas, etc. Un busto de Hipócrates y otro de Galeno, ó cualquier otro detalle que caracterice la habitacion de un médico. Mesa de despacho con libros, escribanía, etc. Sillas, butacas y un veladorcito.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES y PACA, que sostiene una madeja que devana aquella.

MERC. Espera, que se ha hecho un nudo.
Separa un poco las manos.
Así. Qué estambre tan flojo!
Va á decir papá que es malo.

PACA. Pues es de la misma clase
que el azul y el encarnado.

MERC. Ya van ciento dos madejas...

PACA. Y aún nos queda para rato,

porque el señor, por lo visto,
no concluye ni en diez años

MERC. Pobre papá! Yo le dejo
porque se entretiene tanto!
Haciendo fuentes y arbustos,
estanques, flores y prados,
se pasa las horas muertas
tan contento y tan ufano.
Luégo mi marido dice
que le conviene el trabajo,
porque como para hacerlo
da esos paseos tan largos...

PACA. Sí, pero si viera usted
lo súcio que está su cuarto...
lleno de recortaduras
de papeles y de trapos...
y luégo, como no hay modo
de que me deje arreglarlo...
No quiere que entre yo allí
por Dios y todos los santos,
pero en cambio me marea;
siempre está pidiendo algo.
Paca, vé á la tienda y compra
un metro de carton blanco.
Paca, dame unas tijeras.
Paca, búscame unos clavos.
Paca, dame engrudo. Paca,
quítale á una escoba el mango
y tráelo, que necesito
cañas para hacer un árbol.

MERC. Pobre papá! Qué manía! (Pausa.)
—¡Qué hora es ya?

PACA. Las doce han dado.

MERC. Y mi marido no viene!

PACA. Ay! Si no tiene descanso:
como que no hay en Madrid
médico más ocupado.

MERC. Felizmente no le falta
clientela, le están llamando
sin cesar, y yo egoista,
siento que le aprecien tanto,
pues los enfermos me roban

horas de dicha á su lado.

PACA. Los médicos no debían
casarse.

MERC. Por qué?

PACA. Pues, claro:
Mire usted: yo me dejé
un novio veterinario,
jóven y elegante y rico,
que ganaba buenos cuartos
—pues curaba á casi todos
los animales del barrio,—
porque un dia que me dijo
que iría á verme temprano,
no fué hasta el dia siguiente
por visitar á un caballo.

MERC. Hola, papá.
(Á D. Rufino que aparece puerta derecha recortando de un pedazo de carton varias estátuas de 20 céntimetros de altas.)

ESCENA II.

DICHOS y D. FUFINO.

RUFINO. ¿Tienes ya
el estambre devanado?
Áver! Eso no me gusta;
lo necesito más claro.

MERC. ¿Pues no es para los cipreses?
(Váse Paca por la primera izquierda.)

RUFINO. No señor, para los álamos.
Lo destino á la alameda
del paseo de caballos.

MERC. ¡Jesús! Dichoso Retiro!
Le tiene á usted trastornado!

RUFINO. Es que todo lo merece,
hija mia, este trabajo;
y que resulta exactisimo!
Siguiendo así, ántes de un año
tengo mi obra terminada.
Mira que haber hecho el plano
en relieve y con colores,

sujeto á escala y exacto,
del Retiro todo entero...
Es una obra de romanos...
Y de fijo, si no fuera
por los muchísimos cambios
póliticos que aquí ha habido,
ya estaría terminado.
Pero lo empecé el catorce
de Abril del sesenta y cuatro,
y desde entónces parece
que todo lo enreda el diablo.
Desde los lejanos tiempos
del rey don Felipe cuarto,
puede con razon decirse
que estuvo aquel sitio intacto;
pero apenas se me ocurre
dar principio á mi trabajo,
cuando todos los gobiernos
se empeñan en trastornarlo.
Viene la Revolucion,
me quita lo reservado,
cambia calles y paseos
y echa las tapias abajo.
Destroza despues lo más
frondoso del arbólado,
y con esto y la dichosa
exposicion de ganados,
y poner casa de vacas,
y fuentes á cada paso,
y estanque de patinar,
y un kiosco de cuadrumanos,
y tiro de carabina
y laberintos y lagos,
y ¡qué se yo cuántas cosas
con que lo han desfigurado!
me han traido á mal traer,
siempre poniendo y quitando.
y deshaciendo el domingo
todo lo que hice hasta el sábado.
Qué país! No hay nada estable!
Todo han de modificarlo!
Un dia se les antoja

y hacen del Retiro un barrio!
Así es que temiendo siempre
nuevas reformas y cambios,
en cuanto el Ayuntamiento
celebra sesion, me escamo!

MERC. Papá, viva usted tranquilo,
que hay Retiro para rato.

RUFINO. Antes de que se me olvide,
te advierto que es nesesario
que me busques por ahi
unos cartones más blandos.
Este es demasiado duro,
no es posible recortarlo,
y las dichosa estátuas
me están costando un trabajo!
Este *Ataulfo* ha salido
un poquito jorobado;
pero en cambio, *Chindasvinto*...
mira, mira ¡que gallardo!
(Suenan dos golpes de timbre fuera.)

MERC. Vamos, aquí está ya Andrés.

ANDRES. (Dentro.) ¿Por dónde andan?

MERC. (Abriendo la mampara.) Aquí estamos.

ESCENA III.

DICHOS y ANDRÉS.

ANDRES. Mujercita de mi alma:
Estréchame entre tus brazos!
—Papá, de mi corazon!
¡Siempre con los Reyes magos!

RUFINO. ¿Como magos?

ANDRES. Digo, godos;
es lo mismo para el caso.

MERC. Ahí tiene usté los estambres.

RUFINO. Vengan, me voy á mi cuarto.

ANDRES. Sí, sí, que es preciso dar
fin á ese proyecto magno,
para que pueda usté hacer
despues la Casa de Campo.
la Florida, La Moncloa,

y las Delicias, y el Pardo,
y Carabanchel de Arriba,
y Carabanchel de Abajo!

RUFINO. Pues claro está que lo haré
si Dios me conserva sano.

ANDRES. Se morirá usted de viejo
teniéndole yo á mi lado.

RUFINO. Ea, voy á trabajar...

ANDRES. Dios ponga tiento en sus manos.

RUFINO. Voy á hacer la barandilla
del estanque de los patos!
(Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

ANDRÉS y MERCEDES.

ANDRES. Ay, hija mia, no puedes
figurarte lo rendido
que vengo!

MERC. Pobre marido!

ANDRES. Compadéceme, Mercedes!
Tú no sabes cómo estoy!
Se necesitan pulmones!...
mil trescientos escalones
llevo ya subidos hoy.
Y en vano es que me acobarde,
es preciso resistir:
aún me quedan por subir
otros tantos esta tarde.
Y sabe Dios por la noche!
Tengo coche y lo merezco.
Hija mia, compadezco
á los médicos sin coche!

MERC. Cierto; descansa á mi lado,
que á fe que bien lo mereces.

ANDRES. Ay, sí!
(Sentándose al velador, uno á cada lado. Él saca un cigarrillo; ella le enciende el fósforo. Cuando él le apaga le da un beso en la mano. La actriz y el actor deben sembrar toda la escena de detalles en que indiquen todo el cariño que los dos personajes se profesan.)

MERC. Te he dicho mil veces
que trabajas demasiado.
Tu eterno afan no me explico;
ya debías descansar.
¿Á qué tanto trabajar
si has logrado hacerte rico?
¿Ya, qué más puedes querer
si tienes fortuna y nombre?

ANDRES. Qué más quiero? Ser un hombre
que cumpla con su deber.
En bien de la humanidad
sufriendo la carga voy:
se han empeñado en que soy
una notabilidad,
y no pudiendo excusarme!
á seguir así me avengo.

MERC. Pues haces mal.

ANDRES. Si no tengo
más remedio que aguantarme!
¿Cómo me niego al que quiere
que vaya á asistirle yo,
y se empeña en que si no
voy á verle yo se muere?
¿Y á otro que dice: «Á usté acudo!
Doctor, cure á mi mujer!
Usted sólo puede hacer
que yo no me quede viudo?»
Y mil de *ellas* he salvado,
porque *ellos* me lo han pedido...
y sé de más de un marido
á quien luégo le ha pesado.
Pero no puedo evitar
que en mí cifren su esperanza
y tengan tal confianza
en mi modo de curar.
Pagan mi ciencia con creces,
honrándome de mil modos,
y eso que yo, como todos,
me equivoco muchas veces.
De algunos dije muy serio
que la vida salvaría,
¡y estaban al otro dia

camino del cementerio!
Y á más de uno y más de dos
á quienes por muertos dí,
¡muy gordos despues los ví
por esas calles de Dios!

MERC. Yo, cliente agradecida,
protesto de tal creencia:
no hables así de tu ciencia,
á la cual debo la vida.

ANDRES. Es cierto que te salvé
y era tu dolencia grave,
pero ¡ay Mercedes! Dios sabe
con cuánto afan la estudié!
Llamado á tu casa fuí,
y al ver aquella enfermita
tan pálida y tan bonita
fijos los ojos en mí,
yo, que era un grave doctor
sólo amante de la ciencia,
sentí la dulce influencia
bienhechora del amor,
y aún temiendo tu desvio,
—que era lo que me inquietaba—
á cada instante exclamaba:
¡Que no se muera, Dios mio!
Él mi súplica escuchó,
y dándome arrojo y suerte
de las garras de la muerte
por mi mano te salvó!

MERC. Por tí vivo y soy dichosa.

ANDRES. En aquella lucha abierta
tu curacion era cierta,
pero la mia dudosa;
que un caso extraño se daba
al lograr tu mejoría:
la enferma convalecía
y el médico empeoraba.
Y muchas veces que fuí
temeroso á visitarte,
en lugar de recetarte
debí recetarme á mí.
Hoy te confieso una falta:

llegué á ser hasta inhumano;
temblaba el dia cercano
de tener que darte el alta!

MERC. Era infundado el temor,
yo sufría al verte triste,
y cuando el alta me diste
en pago te dí mi amor.

ANDRES. Me parece que fué ayer
y va á hacer tres años ya.

MERC. Es que siempre el tiempo va
rápido para el placer,
y ni una nube siquiera
empañó nuestra alegría
desde aquel dichoso dia
en que fuí tu compañera.

ANDRES. Bien haya mi suerte, amen! (Abrazándola.)
(Levantándose.) De un aviso Dios me guarde.
Ya no salgo hasta la tarde.

MERC. Eso me parece bien.

ANDRES. Bastante he corrido ya!

MERC. Sí, que descanses es justo!

ANDRES. Me encuentro aquí tan á gusto!...
Venga el batín.

MERC. (Cogiéndolo.) Aquí está.

SÓLITA. (Dentro.) Deja; no pases recado.

ESCENA V.

DICHOS, SOLITA, por la primera puerta izquierda, más tarde PACA.

ANDRES. Uf, la viuda .. tu amiguita.

SOLITA. (Entrando.) Mercedes!.. (Abrazándola.)

MERC. Cómo! Solita!
Tú en Madrid!

SOLITA. Hoy he llegado.
Doctor, querido doctor!...
¿No me esperarías, eh?
¡Claro que no!—¿Sabe usté
que me ha vuelto aquel dolor?
—Hija, los nervios son cosa
que me tiene trastornada.
Tomé cien baños y nada:

no puede una ser nerviosas.
—Necesito consultar,
que me diga usté qué es esto.
—Pero qué buena te has puesto!
Cuánto tenemos que hablar!
He corrido medio mundo!
Qué fondas!... y qué caminos!...
¿Sabes que somos vecinos?
Vivo arriba, en el segundo.

ANDRES. (Santo Dios!)

MERC. No lo sabía.

SOLITA. Como mi tia está fuera
estoy con las de Parera
hasta que vuelva mi tia.

ANDRES. (Armémonos de paciencia!)
Gran satisfaccion tenemos.

SOLITA. Así es que ahora nos veremos
con muchísima frecuencia.
Conque usted me dirá cuándo
empezamos la visita.

ANDRES. Cuando usted quiera, Solita.
Yo ya la estoy escuchando.
Ninguna duda me cabe
de que se encuentra muy grave,
cuando tiene tanta prisa! (Á Mercedes.)

SOLITA. Pues, Doctor, usted no sabe!...
No lo tomé usted á risa.
Parece que me rebosa
la salud, pues no hay tal cosa!
siempre padeciendo estoy!
Los nervios!.. Soy tan nerviosa!...
Ya sabe ésta (Por Mercedes.) como soy!
Para estos males extraños,
en lugar de la antihistérica
que usted me mandó otros años
he estado en todos los baños
de la Península Ibérica.
Probé de todas las sales;
las aguas nitrogenadas.
las salino-sulfatadas,
las sulfurosas termales
y las bicarbonatadas.

¡Ay! Pero cuánto sufrí!
Tuve un grano este verano
muy cerca del hombro, aquí.
Jesús! lo que padecí
con aquel dichoso grano!
El brazo no lo movía;
me invitaban á bailar,
y claro está, no podia.
Ya te puedes figurar (Á Mercedes.)
lo que yo me aburriría.
Gracias á que en Sacedon
un muchacho muy galante
me daba conversacion:
un chico que es comandante
de no sé que batallon.
Es andaluz de Antequera.
Contando cuentos le quita
el mal humor á cualquiera.
Qué gracioso! Si usted viera!...

ANDRES. Al grano, al grano, Solita.

SOLITA. Pues bien; el grano creció.
Pero, amigo, una mañana
de ir al campo se trató.
Fuimos en una tartana
y la tartana volcó.
¡Dios mio! ¡Qué batacazo!
Pepe Cuenca ¡pobrecillo!...
á poco se rompe un brazo,
y la Marquesa del Mazo
se descompuso un tobillo.
Rodriguez se hizo un chichon,
Perez una contusion,
y la esposa de Tobar
quedó en una posicion...
que no me quiero acordar.
Gracias á que fué en un llano;
si es en sitio peligroso,
ni uno sólo queda sano.
Yo llevé un susto horroroso!

ANDRES. Al grano, Solita, al grano.

SOLITA. Pues bien, sobre mí cayó
el niño del brigadier,

y con tal fuerza me dió
que el grano se resolvió
y dejé de padecer.

ANDRES. Mucho el percance lamento
que usted con su gracia abulta:
mas si se curó al momento
¿á qué viene la consulta
si ya no hay padecimiento?

SOLITA. Doctor, ese es un error;
desde aquel vuelco dichoso,
me encuentro mucho peor.
Ay, qué sistema nervioso!
Yo no estoy buena, Doctor,

ANDRES. Pronto estará usted curada;
puede usted vivir tranquila,
porque todo ello no ès nada.

SOLITA. Me pongo tan agitada!...

ANDRES. Mucha tila, mucha tila.
Y nada, no se impaciente.
Curará. (¡Cómo me carga!)

SOLITA. Á ver el pulso.

ANDRES. (Tomándoselo.) (Corriente!)
Bien!

SOLITA. ¿Y la lengua?

ANDRES. (¡Muy larga!)
La lengua perfectamente.
El mal está conocido
y es cosa insignificante.

PACA. ¿Se puede entrar?

ANDRES. Adelante.

PACA. Este aviso que han traido
y que vaya usté al instante.
¿Qué digo?

ANDRES. Que al punto voy. (Váse Paca.)
«Del Marqués de Portovento.»
¡Hija mia! (Á Mercedes.) Es un tormento!
dos veces le he visto hoy.
Este dichoso marqués
me tiene ya mareado.
Es el hombre más pesado!...
Me tendrá allí hasta las tres.
Con su jaqueca ya peca

de cargante y posma y...
Cuando me llama es á mí
á quién me da la jaqueca.
(Despidiéndose de Mercedes.)

SOLITA. Pero ¿qué es eso? Se va
sin haberme recetado?

ANDRES. Lo de usted no es de cuidado.

SOLITA. ¿De veras?

ANDRES. Pues claro está!

SOLITA. Bien, ya hablaremos despues.
Yo no tengo prisa, espero.

ANDRES. Bien venida.

SOLITA. Adios!

ANDRES. (Prefiero
la jaqueca del marqués!)
(Váse primera izquierda.)

ESCENA VI.

MERCEDES, SOLITA.

SOLITA. Observo que tu marido
sigue tan atareado.
Buen esposo has encontrado!
Hija, qué suerte has tenido!

MERC. Dices bien! Ni una rencilla
nuestra dulce union amarga.

SOLITA. Mi visita va á ser larga;
me quitaré la mantilla. (Quitándosela.)

MERC. Trae.

SOLITA. Toma.
No hay mas que verte.
La alegría te rebosa.

MERC. Cierto que soy muy dichosa.

SOLITA. No he tenido yo esa suerte.
(Se sientan las dos.)
Siempre la fatalidad
me persiguió aleve y ruda.
Mira que quedarme viuda
en lo mejor de mi edad!...

MERC. Sí que fué un golpe tremendo.

SOLITA. Una pérdida horrorosa!
—Pero hablemos de otra cosa,

que me voy entristeciendo.

MERC. Bien.

SOLITA. Pues hoy mismo he venido
de los baños del Molar.
No te puedes figurar
lo que allí me he divertido!
Hija, yo, todos los años
como estoy bien de intereses,
me paso dos ó tres meses
de casa en casa de baños.
Me gusta la intimidad
que se goza en esas casas;
allí la vida te pasas
en completa libertad.
Es el remedio mejor
que inventaron los doctores:
allí habrá malos humores,
pero siempre hay buen humor.
Medicina de recreo,
bailes, giras y meriendas,
conciertos, juegos de prendas...
Es un contínuo jaleo!
Hay allí mil alicientes!...

MERC. Bien divertida estarás.

SOLITA. Y no sabes ademas
qué nube de pretendientes.
Me hizo el amor en Cestona
—á principios de verano—
un muchacho valenciano,
una excelente persona;
era buena proporcion,
y aunque le dije que sí,
me cansé pronto y me fuí
á los baños de Sobrón.
Allí habia un brigadier
con los bigotes muy largos...
que ejerció no sé qué cargos
siendo los suyos poder:
y aunque quería casaca
y era un hombre de talento,
hija, me cansé al momento
y me marché á Carratraca.

Allí se me declaró
un escritor, buen sujeto.
¡Ay! si vieras que soneto
tan divino me escribió!
El diablo era el tal poeta;
me tuvo muy divertida,
pero me cansé en seguida
y me fuí á Arechavaleta.
Hice víctimas sin cuento;
y en mi rápida excursion
dejé herido un corazon
en cada establecimiento.
Yendo de aquí para allí
cien amantes ví rendidos,
todos muy buenos partidos.
pero como soy así,
—no lo puedo remediar—
me canso pronto y los dejo.
¡Ay! Sólo al de Marmolejo
no lo he podido olvidar!
Ay, aquel...

MERC. Hija, por Dios!
cuánto amor, y cuánto baño!

SOLITA. Pues no son muchos: este año
sólo he estado en veintidos.
Además de baños de ola
que tomé en San Sebastian,
estuve en Caldas, Solán,
Fuensanta, Fitero, Alzola,
Arnedillo, Lanjarón,
Escoriaza, Guethary,
Trillo, Betelú, Vichy,
y Bagneres de Luchon.

MERC. Qué manera de correr!
Con vida tan agitada
ya debes estar cansada!

SOLITA. Hija, qué le voy á hacer!
La salud es lo primero.

MERC. Tienes razon.

PACA. (Entrando por la primera izquierda.)
Señorita!

MERC. Qué quieres?

PACA. (Dándola una tarjeta.) Una visita.
MERC. Á ver?
PACA. Es un caballero
que pregunta por usté.
SOLITA. ¿Quién es?
MERC. (Dejando la tarjeta, despues de leerla, sobre la mesa de despacho.)
No tengo el honor...
—Que entre. Ven al tocador.
(Váse Paca.)
SOLITA. Bueno, te acompañaré.
(Vánse las dos por la puerta derecha.)

ESCENA VII.

PACA, ROBERTO, por la primera puerta izquierda.

PACA. Pase usté aquí, don Roberto;
la señora saldrá pronto.
ROB. Conque me conoces, eh?
PACA. Pues vaya si le conozco!
ROB. Tú cada vez más bonita.
PACA. Y usted siempre tan buen mozo.
ROB. (Está visto que con todas
tengo un partido asombroso.)
PACA. Siéntese usted.
ROB. Conque tú
sirviendo aquí!—Qué demonio!
PACA. Desde que salí de casa
de las señoras de Orozco
por culpa de usted.
ROB. Silencio!
Habla más bajo ó te ahogo!
PACA. No hay cuidado; la señora
está en su cuarto, allá al fondo.
Pues sí; por culpa de usted
salí!
ROB. Pero tú, supongo,
que saldrías por la puerta,
mientras que yo, ¡qué bochorno!
huyendo de aquel marido
que me buscaba rabioso,

al saltar por la ventana
que da á la calle del Sordo,
me hubiera roto el bautismo
si no caigo tan aplomo
sobre el infeliz sereno
que dormía como un tronco.

PACA. De buena se libró usted!

ROB. No, no me libré del todo.
Has traido á mi memoria
un recuerdo doloroso.

PACA. Le duele á usted todavía?

ROB. Cuando cambia el tiempo, un poco.

PACA. Fué una paliza tremenda!

ROB. Aquel marido era un ogro.
Por fortuna de esa especie
no me he encontrado con otro.

PACA. Pues á mí no me pegó,
pero se puso furioso;
dijo que era yo la causa
de aquel escándalo gordo,
y me echó y estuve cerca
de un año sin acomodo.

ROB. (Levantándose.)
Yo te recompensaré
con creces, que estoy en fondos.

PACA Ya sé que usted, señorito,
siempre ha sido generoso.

ROB. Gracias. (Haciéndola una caricia.)

PACA. Estése usted quieto!

ROB. Ya empiezas á darte tono?

PACA. Como que voy á casarme.

ROB. Sí? ¿Con quién?

PACA. Pues con mi novio,
uno que está de escribiente
en la Caja de Depósitos.

ROB. (Hojeando un álbum de fotografía que habrá sobre la mesa.)
Haces bien; cásate, chica!
Gran cosa es el matrimonio...
(para los que no se casan,
es decir, para nosotros.)
Y dime: ¿qué fué de aquella

á quien yo le hacía el oso,
—que vivía en el segundo—
novía de aquel medio tonto?

PACA. Pues dicen que se casaron
y han ido á vivir á Toro.
El era de allí

ROB. Lo creo!
Qué muchacha! Era un asombro!

PACA. Lo que es usted, señorito,
es un tunante de á fólio!
No en balde todas le llaman
á usted Juanito Tenorio.

ROB. Cosas de ellas! (Caracoles!
Qué mujer! Y la conozco!
Sí, sí, yo he visto esta cara,
creo que no me equivoco.
Claro que no. Si es aquella
que iba al Real con las de Tornos,
que á mí me gustaba tanto,
y que tiene aquellos ojos...)
(De pronto á Paca enseñándola el retrato.)
quién es esta?

PACA. Mi señora.

ROB. Tu señora!

PACA. Á qué ese asombro?

ROB. Qué feliz casualidad!
Soy el hombre más dichoso.
Conque se ha casado?

PACA. Sí.

ROB. Qué gran mujer!

PACA. Poco á poco!

ROB. Por qué lo dices?

PACA. Porque esta
no es la señora de Orozco.

ROB. Sí, ya sé que es la de Perez.
Es lo mismo. Y apropósito:
¿qué tal es él?

PACA. El señor?
Un médico muy famoso.

ROB. Ya lo sé, no digo eso.

PACA. Pues qué dice usted?

ROB. Lo otro.

PACA. Qué?

ROB. Te pregunto qué tal
se lleva este matrimonio.

PACA. Se llevan perfectamente;
siempre están muy cariñosos.

ROB. Y él es tan jóven como ella?

PACA. Cá! No señor!

ROB. Cómo? ¿Cómo?
¿Es un viejo?

PACA. Viejo, no;
podrá tener treinta y ocho..

ROB. ¿Y hace vida retirada
sin duda?

PACA. Sale muy poco!
No va á teatros, ni á paseos...

ROB. Ahora me lo explicó todo!
Por eso no la veía...
Pero hoy, por fortuna, logro
hablarla por vez primera!

PACA. Señorito!

ROB. Qué?

PACA. Mucho ojo!

ROB. Descuida!

PACA. Ande usted con tiento!
Yo me voy!

ROB. Adios, pimpollo.
(Váse Paca primera izquierda.)

ESCENA VIII.

ROBERTO solo

ROB. (Mirando el retrato.)
No hay duda, esta es la mujer
que á mí me gustaba tanto!
Es preciosa! Es un encanto!
¡Me voy á comprometer!...
(Dejando el álbum.)
Sí señor! ¿Quién dijo miedo?
Aunque en la primer visita...
Pero, hombre, si es tan bonita!...
En fin, yo veré si puedo!...
Amo el fruto prohibido!

El luchar con los deberes!...
Lástima que las mujeres
casadas. . tengan marido!
Ahí está lo peligroso!
Porque suele acontecer,
que me quiere la mujer
y me divide el esposo.
Pero aquí no pasará;
si ella resiste á mi táctica,
tengo suficiente práctica
y al cabo se ablandará.
No hay resistencia posible
cuando decidido voy.
La verdad es que yo soy
un jóven *irresistible.*
Ya viene! No hay que temer!
Llevo adelante el proyecto.
De seguro, le hago efecto!
Vaya! ¿no se lo he de hacer?

ESCENA IX.

ROBERTO, MERCEDES por la derecha.

MERC. Usted me dispensará,
la tardanza que yo siento...
ROB. Señora...
MERC. Tome usté asiento.
ROB. Mil gracias. (Sentándose.)
MERC. Usted dirá...
ROB. Pues en Soria este verano
pasé una temporadita
y traigo á usté una visita
de su tio don Mariano.
MERC. Cuánto celebro... ¿Y qué tal
está el tio?
ROB. Tan famoso!
Anda un poquillo achacoso,
pero siempre tan jovial.
MERC. Ah! Tiene un genio envidiable.
ROB. Es un señor excelente,
tan fino, tan complaciente,

tan servicial, tan amable...

MERC. Gracias.

ROB. Pues estuve allí
á arreglar ciertos asuntos,
y andábamos siempre juntos.

MERC. ¿Y él no vendrá por aquí?

ROB. Mil negocios importantes
no le permiten quizá
salir.. (Pues señor, está
mucho más hermosa que ántes!)
Que la viniera á usté á ver,
—me dijo—y yo no sabía
que era usté, á quien ya tenía
el gusto de conocer.

MERC. Sí? No caigo... Esta fatal
memoria...

ROB. No, si usted no
me conoce: pero yo
la recuerdo á usted del Real.

MERC. Ah! vamos!

ROB. (Es muy bonita!)

MERC. Hará algunos años...

ROB Sí!
La última vez que la ví
cantaban *La Favorita*.
Estaba usté encantadora!

MERC. Por Dios!

ROB. La alabanza es justa!

MERC. Gracias!

ROB. (Vamos! Que me gusta
muchísimo esta señora!)
(Pequeña pausa.)

MERC. Pues ya que se molestó,
siento que haya usted venido
cuando no está mi marido,
y él lo sentirá.

ROB. (Yo no!)
Y yo, pero ya tendré
ocasion de saludarle.

MERC. Él pasará, á visitarle!...

ROB. No, no lo consentiré,
señora, de ningun modo.

Él tiene quehaceres y...
Ya volveré por aquí.
(Cuando él no esté, sobre todo!)
Estoy muy desocupado
y tendré gusto en volver,
pues deseo conocer
á un doctor tan afamado.
Á un hombre de ciencia tal
que ha conseguido que sea
su justa fama europea,
más aún, universal.

MERC. Universal? No, no tanto.

ROB. Es la verdad lisa y llana.

MERC. Mil gracias.

ROB. (Por la peana
se suele adorar al santo!)
(Pausa. Se atusa los bigotes adoptando una actitud pretenciosa.)

MERC. (¡Qué insoportable gomoso!)

ROB. (Qué pié!)—Ustedes no han salido
este año?

MERC. No hemos podido.
Como siempre está mi esposo
ocupado!...

ROB. Lo comprendo.
Pues yo he estado por ahí
porque eso de estarse aquí
todo el verano es tremendo! (Pausa.)

MERC. (Ya se va haciendo cargante
la visita.)

ROB. (Mirándola.) (Es un primor!)

MERC. (De pronto.)
¿Ha visto usted qué calor?

ROB. Sí señora, hace bastante!
(Nada, que de aquí no salgo
sin preparar el camino.
Ahora, así, con cierto tino
yo voy á insinuarme algo...)

ESCENA X.ª

DICHOS y D. RUFINO por la derecha.

RUFINO. Mercedes!
ROB. (Levantándose.) Eh?
MERC. Mi papá.
RUFINO. Está por ahí Gundemaro?
ROB. Cómo?
MERC. No sé! (Presentándole á Roberto.)
RUFINO. Servidor...
MERC. Visita del tio Mariano
RUFINO. Muy señor mio. ¿Y qué tal?
ROB. Muy bien.
RUFINO. Yo celebro tanto...
(Mirando á todas partes. Roberto y Mercedes vuelven á sentarse.)
(Pues lo dejé por aquí.)
¿Vendrá usted de Soria? Es claro!
Buena mantequilla, eh?
ROB. Sí, sí! (Viejo más extraño!)
RUFINO. Perdone si le molesto. (Haciéndole levantarse.)
ROB. Quiá, no, señor, al contrario.
RUFINO. Aquí está; yo bien decia!
Hombre, estaba usted sentado...
ROB. Dónde?
RUFINO. Encima de un rey godo.
ROB. Cómo?
MERC. No le haga usted caso,
son cosas de mi papá.
RUFINO. Pero si estará enterado;
de seguro que lo sabe.
¿No le ha dicho á usted mi hermano
lo del Retiro?
ROB. ¡El Retiro?
Ya! que usted se ha retirado!
RUFINO. No: si no sóy militar,
soy civil.
ROB. Sí, sí: ya caigo!

Es usted guardia civil.

RUFINO. Hombre, no: si yo le hablo
del paseo del Retiro
que estoy haciendo en un plano
de relieve y en colores,
sujeto á escala y exacto,
que ocupa una superficie
de cinco metros en cuadro.
Con sus calles y paseos...
para eso estoy recortando
estos reyes de carton.

ROB. Pues ahí es nada el trabajo!
Será muy digno de verse!

RUFINO. Llevo en él diez y seis años.

ROB. Hola!

RUFINO. Pero por fortuna
ya está casi terminado.

ROB. Por lo que veo ès usted
un artista.

RUFINO. No, no tanto.

MERC. Papá se entretiene en eso.

RUFINO. Me ha dado Dios unas manos!
No puede usted figurarse
el partido que yo saco
de cualquier cosa.

ROB. Lo creo.

RUFINO. (Cogiéndole á Roberto el bastoncito y el pañuelo de bolsillo.)
Cojo un palito y un trapo,
le doy con pintura verde,
y con tres tijeretazos
zás, zís, zás. Ya tiene usted
una acacia que está hablando.

ROB Sabe usted que su papá
es un hombre muy simpático?
(Metiendo los dedos por las tres ó cuatro aberturas que D. Rufino habrá hecho en el pañuelo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y SOLITA.

SOLITA. (Vaya, la visita esta
se prolonga demasiado.)
¿Se puede?
RUFINO. Calle! Solita!
SOLITA. Don Rufino!
ROB. (Cielo santo,
mi viuda!)
SOLITA. (Á Roberto.) Cómo! Usté aquí?
MERC. ¿Se conocían?
SOLITA. Pues claro!
(Este es el de Marmolejo.) (Á Mercedes.)
ROB. (Encuentro más desdichado!)
SOLITA. Conque, ¿qué tal, don Rufino?
¿Cómo van esos trabajos?
Y á usted, señor don Roberto,
le han sentado bien los baños?
ROB. Bien: y á usted?
SOLITA. Perfectamente.
ROB. Me alegro.
SOLITA. (Ap. á Roberto.) (Es usté un ingrato.)
ROB. (Esta me va á fastidiar.)
SOLITA. Sentémonos.
ROB. Yo me largo...
digo, me retiro... (Ya
nos veremos.) (Á Solita.)
SOLITA. (Es muy guapo.)
ROB. He tenido tanto gusto... (Á Mercedes.)
Ya volveré más despacio...
MERC. Cuando usted guste, aquí tiene
su casa...
ROB. Agradezco tanto ..
Caballero...
(Á D. Rufino que le ofrece el sombrero.)
RUFINO. Servidor...
ROB. Roberto Gil, aquí al lado...
RUFINO. Ah! conque somos vecinos?
ROB. Jorge Juan, catorce. bajo.
SOLITA. Yo, aquí arriba, en el segundo. (Á Roberto.)

ROB. (Ahora un apreton de manos.)
Señora... (Es usted un ángel!)

MERC. Eh? (Se retira hácia el foro.)

ROB. (Monísima!) (Á Solita.)

SOLITA. (Simpático!)

ROB. (Hermosa!)

(Á D. Rufino que despues de abrir la mampara ocupa la posicion que momentos ántes ocupaba Mercedes.)

RUFINO. Cómo?

ROB. Ah! no... nada...
Adios: beso á usted la mano.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

D. RUFINO solo, recortando una estátua.

RUFINO. Le sobra mucho de aquí...
Lo cortaré de este lado...
Tampoco me gusta así!
Vaya que me tiene á mí
el monarca marcado.
Aun lo puedo componer
recortándole este pico.
Pues señor, no puede ser!
Nada, no puedo meter
en cintura á Sigerico.

ESCENA II.

DICHO y SOLITA por la primera izquierda con un cestillo de labor.

SOLITA. Don Rufino, buenas tardes.
RUFINO. Solita!... ¿qué tal?
SOLITA. Muy bien.
Nada: siga usté el trabajo,
no le quiero entretener.
¿Y Mercedes?

RUFINO. Allá adentro.
SOLITA. Me alegro mucho ¿Y Andrés?
RUFINO. Visitando por ahí.
SOLITA. Pues me he traido el crochet.
(Deja el cestillo sobre el velador.)
Ya sabe usted que esta tarde
les acompaño á comer.
RUFINO. No sabía...
SOLITA. Si señor.
¿Y tampoco sabe usté
que vivo arriba?
RUFINO. Tampoco.
SOLITA. Si señor, desde anteayer.
Estoy con las de Parera.
Mi tia está en Leganés?
RUFINO. ¿Qué? ¿Se ha vuelto loca?
SOLITA. No!
Hace unos dias que fué
á estar una temporada
con las de Castillofiel
que tienen allí un *chateau*,
quiero decir, un *chalét*...
¡Es una quinta preciosa!
Ay! ¿Qué es eso? Á ver! Á ver!
Me encanta usted, don Rufino.
por lo laborioso que es.
RUFINO. Gracias;—pues estoy haciendo,
—y pronto la acabaré—
la calle de las Estátuas.
Llevo ya cortados seis
reyes.—¡Ay, hija! Estos reyes
me traen á mal traer!
SOLITA. ¿Quién es este?
RUFINO. Chindasvinto.
SOLITA. ¿Sabe usted que está muy bien?
RUFINO. ¿De veras?
SOLITA. Muy parecido.
RUFINO. ¿Qué? ¿Le ha conocido usté?
—Carambita con el godo
lo que me ha dado que hacer!
SOLITA. ¿Y hace usted todo el Retiro?
RUFINO. Si señora.

SOLITA. Todo, eh?
¿Habrá usted puesto el Skating?
RUFINO. Aun no, pero lo pondré.
SOLITA. Ay, para mí qué recuerdos
tiene el Skating aquel!
Todas las mañanas iba
el año setenta y seis
á patinar, y me estaba
patinando hasta las diez.
Allí conocí á un muchacho
alto, rubio, muy cortés,
que patinaba de un modo!...
Qué vueltas! Qué rapidez!
Hácia atrás! Hácia adelante!
¡Qué manera de correr!
Y dibujaba espirales!...
Y sobre el hielo una vez
escribió con el patin:
«*Solita! La adoro á usted!*»
Era siempre mi pareja,
y un dia se me fué un pié,
(Al imitar el resbalon empuja á D. Rufino.)
y si no es por él me estrello!
me estrello si no es por él!
RUFINO. (¡Ay qué mujer! Me marea!)
SOLITA. Pues con permiso de usted,
voy adentro con Mercedes.
Hasta luego.
RUFINO. Hasta despues.
(Váse Solita puerta segunda izquierda.)

ESCENA III.

D. RUFINO, luego ROBERTO.

RUFINO. ¡Vaya, están perfectamente!
Hoy quedarán colocados.
Cárlos primero.—Chintila.—
(Recogiendo los reyes.)
Don Felipe.—Gundemaro.—
La Señora de Saboya.—
Cárlitos el Hechizado...

ROB. ¿Se puede?
RUFINO. Adelante, pollo.
¿Qué tal?
ROB. Beso á usté la mano.
¿No está el Doctor?
RUFINO. Ha salido.
ROB. Caramba! Lo siento tanto!
RUFINO. Es casual que venga usté
siempre cuando él no está.
ROB. Es raro!
RUFINO. Sí, señor!
ROB. (Como que vengo
cuando sé que él se há marchado.
RUFINO. Tome usté asiento y aguarde.
ROB. Corriente! Le espero un rato.
¿Y Mercedes?
RUFINO. Allá adentro
con la viudita.
ROB. (Canario!
¡Que siempre ha de estar la viuda
en esta casa estorbando!)
RUFINO. Conque, ¿qué se cuenta?
ROB. Nada!
(Pues lo que es hoy no me marcho
sin dar mi cartita! Sí!
No hay más remedio! Me lanzo!)
RUFINO. ¿Y qué tal la tarde? ¿Fresca?
ROB. Regular.
RUFINO. Como no salgo
de casa hace ya tres dias
porque estoy muy ocupado.
ROB. Sí, eh?
RUFINO. Si señor, muchísimo.
ROB. (El dársela yo á la mano
me parece un poco grave.)
RUFINO. Yo siempre con mi trabajo!
ROB. (Si yo la pusiera aquí
entre la labor!... ¡Qué diablo!
Audaces fortuna juvat.
Nada! Á la puente ó al vado!)
(Coloca la carta en el cestillo de la labor de Solita.)
Caramba con don Rufino!

Pues ya estoy yo deseando
admirar esa gran obra!

RUFINO. Pues cuando usted quiera, vamos!
Tendré muchísimo gusto
en que usted me dé su fallo!

ROB. (Le diré que es un portento
aunque sea un mamarracho.)

RUFINO. Pase usted.

ROB. No! usted primero.
(Ay! Ella!)—Un momento...

RUFINO. (Malo!
Me lo van á entretener!)

ESCENA IV.

DICHOS, MERCEDES y SOLITA.

ROB. Ah! señora... ¿Cómo vamos?

MERC. Bien, gracias, y usted?

ROB. Bien, gracias.
Solita! Celebro tanto...

SOLITA. Gracias, bien. Y usted?

ROB. Bien, gracias.

RUFINO. Yo, á Dios gracias, bien! Andando!
Ya hablarán ustedes luego.
Ahora vamos á mi cuarto.

ROB. Voy á admirar su gran obra!
Soy con ustedes...

SOLITA. (Ap. á Roberto.) (Ingrato!)

ROB. (Ya hablaremos luego.) (Á Solita.)

SOLITA. (Bien.)

ROB. (Adios!) (Á Solita.) (Tenga usted cuidado
con el crochet!) (Ap. a Mercedes.)

MERC. (Cómo?)

ROB. Adios!

RUFINO. Usted primero...

ROB. No!

RUFINO. Vamos!

(Vánse Roberto y D. Rufino por la derecha.)

ESCENA V.

MERCEDES y SOLITA.

SOLITA. Qué simpático! ¡qué fino!
y qué atento!
MERC. Demasiado.
Tres visitas en tres dias!...
El chico, se abona á diario!
SOLITA. Como que viene por mí!
MERC. Pues, hija, no lo he notado.
SOLITA. Sí, mujer. Sabe que yo
con mucha frecuencia bajo,
y el pobre aprovecha todas
las ocasiones, es claro!
MERC. Pues me alegro, y no me opongo.
Por mí, puede visitarnos
cuando guste.
SOLITA. Oye una cosa.
MERC. Qué?
SOLITA. Que si algun dia hablamos
de edades delante de él,
no vayas...
MERC. Pierde cuidado.
SOLITA. Tú y yo, somos de una edad.
MERC. Bueno, es igual. (Es descaro!)
SOLITA. Vaya, te voy á enseñar
la labor que he comenzado.
Es un tapete precioso!
MERC. Siendo labor de tus manos!
SOLITA. Calle! ¿Qué es esto? Una carta!
(Sacándola del cestillo.)
MERC. ¿Una carta?
(Mercedes coloca el cestillo sobre la butaca de la derecha.)
SOLITA. Sí, veamos.
De Roberto, de seguro!
Huele á *Opoponax*.
MERC. (Es raro!. .)
SOLITA. Justo! de él! (Viendo la firma.)
«ROBERTO.» Á ver

que me dice: «Martes cuatro.
»Señora...» ¡Qué respetuoso!
«El temor sella mi labio...»
¡Qué tímido!—«Qué la pluma
»diga lo que yo me callo.
«Sí, bellísima... Mercedes!»

MERC. ¡Cómo! ¡Qué!

SOLITA. Lo dice claro.
Esta carta es para tí!

MERC. Para mí! ¡Qué mentecato!

SOLITA. Lee y te convencerás.

MERC. ¡Qué audacia!

SOLITA. (¡Valiente chasco!)
Pues yo no se lo perdono!
Háse visto el mamarracho!
(Se oye dentro la voz de Andrés.)

MERC. Calla! mi marido!

SOLITA. Sí?
Me alegro, voy á contárselo!

MERC. No, por Dios!

ESCENA VI.

DICHAS y ANDRÉS, puerta izquierda.

ANDRES. Muy buenas tardes.

SOLITA. (Á Mercedes.)
Felices...—(Yo no me callo!)

MERC. (Que no.)

SOLITA. (Que sí.)

MERC. (Te lo ruego!
No demos lugar acaso
á un disgusto!)

ANDRES. ¿Qué sucede?
(Desde el foro, quitándose el gaban.)

MERC. Nada!

SOLITA. ¡Mucho!

ANDRES. Qué es? Sepamos!
(Á Solita.)

MERC. (No se la des!)

SOLITA. Lea usted
(Andrés lee la carta.)

y quédese estupefacto!

MERC. Yo, Andrés mio, no quería decirte lo que ha pasado. Temí disgustarte...

ANDRES. (Leyendo.) Cómo?

MERC. Sólo por eso...

ANDRES. Canario! ¿Conque es para tí esta carta? (Con mucha tranquilidad.)

SOLITA Sí, señor! Y es un descaro!

ANDRES. ¿Y quién es este... Roberto?

MERC. Pues es... el jóven que trajo anteayer, ya te lo he dicho, visita del tío Mariano.

ANDRES. Hola! Llegó hace dos dias y hoy ya se te ha declarado!... Sabe aprovechar el tiempo. Ya, ya! promete el muchacho!

SOLITA. Pero, hombre, y lo toma usted así?

ANDRES. Cómo he de tomarlo? Sé bien lo que esta me quiere .. (Abrazando á Mercedes.)

MERC. Andrés! (Cariñosa.)

ANDRES. Y estoy confiado.

SOLITA. Sí, fiese usted! ..

ANDRES. Señora!

SOLITA. No es eso: digo que el caso no es para que usted se quede...

ANDRES. Cómo?

SOLITA. Así, tan sosegado. Ay! Qué sangre tiene usted!

ANDRES. Yo sé bien lo que me hago...

MERC. Tienes razon; ni áun merece la pena de disgustarnos...

ANDRES. Nada! Yo haré que no vuelva!

SOLITA. Pero si no se ha marchado!

ANDRES. No?

SOLITA. Si está con don Rufino viendo el Retiro en su cuarto. (Á Solita.)

MERC. (¿Qué has dicho?)

ANDRES. De veras?
SOLITA. Sí.
ANDRES. Mejor: me ahorra el trabajo
de ir á buscarle.
MERC. Qué intentas?
ANDRES. Ya verás.
MERC. (Estoy temblando!)
SOLITA. Doctor, mátemelo usted!
ANDRES. Para qué? No es necesario.
Que viva para escarmiento
de esa cáfila de zánganos
que no respetando nada,
ni áun lo que hay de más sagrado,
piensan que un marido es
una especie de espantajo
del que impunemente pueden
burlarse como lós pájaros.
MERC. Un duelo!
ANDRES. Qué tontería!
SOLITA. Lo merece!
ANDRES. Ni pensarlo.
Me batiré con mis armas
y sin dar al mundo escándalo.
SOLITA. Cómo?
ANDRES. Nos divertiremos
á costa del mentecato.
SOLITA. Él sale.
ANDRES. Vengan ustedes.
MERC. Pero...
SOLITA. Qué?
ANDRES. Silencio! Vamos!
(Vánse los tres por la puerta segunda izquierda.)
Vamos! Que quiero explicarles
la farsa que he imaginado!
ROS. (Desde la puerta derecha.)
No, no se moleste usted;
continue su trabajo.
RUFINO. (Dentro.) Pues, adios, amigo mio!
ROS. Gracias.—Beso á usted la mano.

ESCENA VII.

ROBERTO, luego SOLITA.

ROB. No hay nadie y no está el cestillo
en donde lo puse yo.
Veamos. (Buscando en el cestillo.) Ya la cogió.
¿Qué tal? ¡Si seré yo pillo!
Volveré mañana, sí:
este asunto necesita
calma.
(Se dirige puerta primera izquierda.)
SOLITA. (Saliendo.) Roberto!
ROB. Solita!
SOLITA. Venía á buscarle!
ROB. Á mí?
SOLITA. Jesús! esto es vergonzoso!
¿No sabe usted lo que pasa?
ROB. Qué pasa?
SOLITA. Que hay en la casa
un escándalo espantoso!
Que el doctor há poco ha hallado
una carta que han escrito
á Mercedes!
ROB. (Dios bendito!)
Pero dónde la ha encontrado?
SOLITA. Dice que ella la tenía
oculta entre la labor.
ROB. (La mia!)
SOLITA. Y está el doctor!...
ROB. (No cabe duda; la mia!)
SOLITA. Ya ve usted si el caso es grave!
ROB. Y quién es?
SSLITA. No la he leido.
Pero lo sabe el marido.
ROB. Cómo! El marido lo sabe?
(Asustado.)
SOLITA. Lo sabe y quiere buscar
al necio que la escribió.
ROB. Si? (Pues el necio soy yo!)
SOLITA. Dice que lo va á matar!

ROB. (Caracoles! Yo me largo!)
Con su permiso. Solita.
(Óyese á Andres que grita dentro.)
SOLITA. Ay! No oye usted cómo grita?
ROB. Sí, sí, si ya me hago cargo
SOLITA. Hará cualquier disparate;
es un hombre muy celoso,
y se ha puesto tan furioso
que temo hasta que la mate.
Por la paz del matrimonio,
Roberto, ayúdeme usté...
Venga á contenerle...
ROB. Qué?
Que le contenga el demonio!
SOLITA. Pues avisaré al papá.
ROB. Está bien; yo no me atrevo.
Comprenda usted que no debo...
SOLITA. Adios! (Me las pagará!)
(Váse por la derecha.)

ANDRES. *Yo sabré buscar al infame! Sólo en sangre pueden lavarse ofensas de esta especie! Señora, no se disculpe usted! Es inútil cuanto me diga! Los dos sufrirán el peso de mi venganza! Esto es inicuo! Y para esto le he dado á usted mi mano! Ya es hora de que se vengue un marido ultrajado! Voy á matar á ese miserable!*

(Cuide el actor de no gritar tanto que impida oir lo que se dice en escena.)
ROB. Pues señor, yo me conozco;
(Poniéndose el sombrero.)
no quiero dar ocasion
á una segunda edicion
del lance de la de Orozco.
(Va á salir por la primera puerta izquierda, á tiempo que por la misma entra Andrés.)

ESCENA VIII.

ROBERTO y ANDRÉS que entra gritando y se sorprende al verle.

ANDRES. Yo sabré encontrarle, sí;
he de matar al villano!
ROB. Ay!
ANDRES. Eh? (Como reparando en él.)
ROB. Beso á usted la mano.
ANDRES. Cómo! Estaba usted aquí!
Al entrar... dispense usté...
Un disgusto... Yo lamento...
Pero tome usted asiento...

(Figurando serenarse.)

ROB. Gracias: estoy bien de pié.
(No sabe quién soy sin duda.)

ANDRES. Ayer su papá me dijo ..

ROB. ¿Mi papá?

ANDRES. No es usté el hijo
del marqués de Torreaguda?

ROB. (Ah!) Sí, señor! (Me he salvado!)

ANDRES. Ya su papá me explicó
lo que usted padece.

ROB. Yo?

ANDRES. Sí, sí, ya estoy enterado.

ROB. (Me toma por un cliente!) (Muy alegre.)

ANDRES. Pues nada, vamos á ver
lo que es necesario hacer.
(Andrés indica á Roberto que se siente, y éste lo hace en la butaca donde está el cestillo. Lanza un grito al sentirse herido en la parte posterior por la aguja del crochet. Andrés retira el cestillo, y una vez sentado Roberto, le reconoce cómicamente los ojos:)
Veré detenidamente.

ROB. (En los ojos está el mal!)

ANDRES. (Separándose.)
Sí, se nota desde aquí!
Justo, es el derecho.

ROB. Sí!
(Ó el izquierdo, me es igual!)

ANDRES. Nada, cuanto más lo veo
lo juzgo más evidente.
La operacion es urgente!

ROB. La operacion? (Levantándose.)

ANDRES. Ya lo creo!
(Buen susto se va á llevar.)
(Saca de un estuche de cirujía un bisturí.)

ROB. (Aterrado al verlo.)
Pues á eso no me decido.

ANDRES. (El imbécil ha creido
que yo le voy á operar!)
No es nada.

ROB. (Vírgen María.)

ANDRES. Vamos. (Deja el bisturí y se acerca á Roberto.)

ROB. (Qué apuro!) Doctor...
(Conteniéndole.)
No será mucho mejor
dejarlo para otro día?

ANDRES. De ningun modo: urge ya!
(Acercándose. Roberto retrocede asustado.)
Es cobarde con exceso:
bien dice su papá.

ROB. (En eso
no le ha engañado *papá*!)
Doctor! (Suplicante.)

ANDRES. Lo he determinado:
su papá lo manda así,
y usted no sale de aquí
sin que yo le haya operado.
(Le obliga á sentarse y saca del armario un frasquito con cuyo contenido empapa un pañuelo.)
(El cloroformo! Y despues
que averigüe qué pasó!)

ROB. (Muy asustado.) (Cómo le digo que no
soy el hijo del marqués?

ANDRES. Vamos.

ROB. No, no me conformo.
(El doctor se acerca y le aplica á la nariz el pañuelo.)
Eh! Doctor!

ANDRES. Estése quieto!
(El susto ha de ser completo.)

ROB. (Haciendo visajes como si quisiera contener un estornudo.)
Puf! Qué es eso?

ANDRES. Cloroformo!

ROB. Por favor!

ANDRES. Si ya lo ha olido.
Ya no hay remedio!

ROB. (Ay! Qué bruto!)

ANDRES. Ántes de medio minuto
perderá usted el sentido.
(Sigue aplicándole el pañuelo á la nariz, á lo que Roberto quiere resistirse.)
Ahora á operar.

ROB. No!

ANDRES. Más calma.

ROB. Si es que yo...

ANDRES. Separe el brazo.
Sólo es cuestion de un pinchazo.

ROB. Ay, Dios mio... de... mi... alma!
(Desmayándose.)

ESCENA IX.

DICHOS, SOLITA y MERCEDES, que han presenciado la escena anterior desde las puertas. Luego D. RUFINO.

ANDRES. Mercedes! Solita! Aquí!
Que la farsa no comprenda.
Á ver, á escape, una venda
ántes de que vuelva en si.
En el armario...

MERC. (Sacándola.) Aqui está.

ANDRES. De esta le escarmentaré.

SOLITA. Deje usted, yo la ataré,
y no se desatará.
(Poniéndole la venda muy fuerte sobre el ojo derecho.)

ANDRES. Se llevó un susto y no flojo! (Riendo.)

RUFINO. ¿Qué es eso? ¿Algun golpe?

SOLITA. Quiá!

ANDRES. No se asuste usted, papá,
que no es nada lo del ojo!

RUFINO. Mas ¿qué ha sido? Porque yo
no comprendo. (Á Solita.)

SOLITA. Escuche usté. (Hablan aparte.)

ANDRES. Ahora son las dos. Pondré
en las cinco su relój. (Sacándole el relój.)
Por fortuna es *remontoir*.
Ajajá! Perfectamente!

RUFINO. ¿De veras, eh? ¡Qué insolente!
Hombre, le voy á pegar!
¿Qué se había figurado?...

MERC. Andrés, por Dios, me parece
mucho castigo.

SOLITA. Merece
más aún!

MERC. Es demasiado!

Su situacion es cruel!

ANDRES. Convengo en que es algo dura,
pero más se me figura
la que preparaba él.
(Yendo á la mesa á escribir una carta.)

MERC. Para castigar al necio
el desprecio es lo mejor,

ANDRES. El desprecio! No señor!
No es suficiente el desprecio!

SOLITA. Eso es lo que yo le digo...
¿Qué ha de bastar? Bueno fuera!
Si de mi cuenta corriera
otro sería el castigo!
Su accion,—no te quepa duda,—
ha sido inícua y menguáda.
Pretender á una casada...
y burlarse de una viuda!
Yo, ya,—si fuera el doctor, —
le estaba desafiando,
porque si no, ¿para cuándo
quedan los lances de honor?

ANDRES. Tome usted. (Á D. Rufino.)

RUFINO. ¿Qué es eso?

ANDRES. Nada.
Una carta para mí.
Llévesela usted.

RUFINO. Yo?

ANDRES. Sí!

RUFINO. Hombre, si áun está cerrada.

ANDRES. Es que la debo leer
más tarde.

RUFINO. Pues no lo entiendo

ANDRES. Me la dará usted diciendo
que la acaban de traer.
Yo avisaré.

RUFINO, Bueno, voy!...

ANDRES. Salgan ustedes de aquí.

SOLITA. Bien, vamos!

ANDRES. Ya vuelve en sí!
Ya va á decir: ¿Dónde estoy?
(Vánse Mercedes, Solita y D. Rufino por la izquierda.)

ESCENA X.

ANDRÉS y ROBERTO.

ROB. ¿Dónde estoy?

ANDRES. Aquí, en mi casa!

ROB. Sentí así como un mareo!...
(Llevándose las manos á la cara.)
Me ha operado!
(Aterrado al tocar la venda.)

ANDRES. Ya lo creo!

ROB. Si no sé lo que me pasa!
¿Me he desmayado, verdad?

ANDRES. Ha sido un síncope horrible!
Tres horas!

ROB. ¡Tres! No es posible!
(Mira su relój.)
¡Dios mio! ¡Qué atrocidad!

ANDRES. Desdichada operacion!
La primera que equivoco!

ROB. ¿Sí?

ANDRES. ¿Le duele á usted?

ROB. Un poco!

ANDRES. (Lo que puede la aprension!)

ROB. Yo me quisiera marchar,
doctor; en casa podría...

ANDRES. No es prudente todavía,
y ántes tenemos que hablar.
(Cierra las puertas de la habitacion. Roberto sigue sus movimientos asustado.)
Estamos solos los dos.
(Con gravedad y sentándose á su lado.)
Tanta precaucion no extrañe,
que lo que al honor atañe
exige reserva.

ROB. (Ay, Dios!)

ANDRES. Á ser tiene usted derecho
de mi honda pena testigo;
y en prueba de lo que digo,
voy á abrirle á usted... (Roberto se asusta.)
mi pecho!

ROB. (Ah!)

ANDRES. La cuestion es muy grave
y el término problemático;
pero me es usted simpático. (Con afabilidad.)

ROB. (Ay, respiro! No lo sabe!)

ANDRES. Y debo una explicacion
franca, sincera y leal,
de mi estado excepcional
al hacer la operacion.
Me resulló desgraciada
y de lamentar no dejo...

ROB. No, no, si yo no me quejo!
Ya ve usted, no he dicho nada!

ANDRES. Sin embargo, es mi deber.
Estaba fuera de mí...
y se me fué el bisturí.

ROB. Pues qué le vamos á hacer!

ANDRES No quiero pensarlo más!

ROB. Dice usted muy bien. Ni yo.

ANDRES. Es usted casado?
(Dando intencion á la pregunta.)

ROB. No.

ANDRES. No se case usted jamás.
Ni áun confiando en su estrella.
No basta encontrar esposa
honrada, amante y virtuosa
para ser feliz con ella.
Que aunque se llegue á lograr
ventura, paz y reposo,
nunca falta un envidioso
de la dicha del hogar,
que para aumentar la lista
de tanta infamia intentada,
en la mujer más honrada
ve segura otra conquista.
Y necio, al par que atrevido,
y seguro de vencer,
asediando á la mujer
pisa el honor del marido;
ente despreciable y vil
cuyo exterminio comprendo!

ROB. (Pues señor, me está poniendo

como hoja de perejil.)

ANDRES. La bilis tengo alterada.
—Usted dirá, por supuesto,
que á qué viene todo esto.

ROB. No, señor, no digo nada.

ANDRES. Pues bien, oiga usted la historia,
y en su reserva confío.
Mi señora tiene un tio.

ROB. Sí?

ANDRES. Sí, tiene un tio en Soria.
Un jóven trajo anteayer
visita suya; hoy ha vuelto
y ha pretendido, resuelto,
conquistar á mi mujer.
Y si se hubiera lanzado
de palabra el pobrecito...
¡pero lo ha hecho por escrito
y yo la carta he encontrado!
Me irritó tal villanía!
Llegó usted cuando acababa
de descubrirla, y estaba...
juzgue usted cómo estaría.
Y aquí tiene usted la historia
del por qué me hallaba así.

ROB. (Y me está contando á mí
lo que me sé de memoria.)

ANDRES. Pero aunque la ira me abrasa,
ya el no hallarle no me inquieta,
pues tengo aquí una tarjeta
con las señas de su casa;
y le juro á fé de Andrés
que de mí se acordará.
Le conoce usté quizá? (Dándole la tarjeta.)

ROB. No, señor, no sé quién es.
(Va á guardar la tarjeta, cuando el doctor se la coge.)
Ah!

ANDRES. Y ahora pienso ir
á castigar su cinismo. (Se levantan.)

ROB. Calma, doctor.

ANDRES. Ahora mismo.
Si lo voy á dividir!

Ya estoy preparado.
ROB. (Aterrado.) Eh?
ANDRES. Calma, volveré al momento.
ROB. No, doctor, no lo consiento,
no se comprometa usté.
ANDRES. No se inquiete usted por mi,
yo sabré ponerle á raya.
ROB. (Despues de todo, que vaya,
no me ha de encontrar allí!)
ANDRES. Cuando yo en cólera monto...
ROB. Si, señor, sí, me hago cargo.
(En cuanto salga me largo.)
ANDRES. Estaré de vuelta pronto.
No paga el tal don Roberto
el disgusto que me dió.
Ser él causa de que yo
le haya dejado á usted tuerto.
ROB. Pero hombre, no habrá manera
de que no me quede así?
ANDRES. Lo dificulto; por mi...
ya ve usted, yo bien quisiera.
ROB. Ay!
ANDRES. Quedará ménos mal;
yo por mi cuenta lo tomo,
y quizá se arregle...
ROB. Cómo?
ANDRES. Con un ojo de cristal.
(Váse por la primera izquierda.)

ESCENA XI.

ROBERTO.

Tuerto! Pues me he divertido,
y que siempre á mí me pase
algo por ser atrevido!
Es claro, si no he nacido
para líos de esta clase.
(Yendo á la puerta primera izquierda que ha dejado cerrada el doctor.)
No espero aquí el resultado.
Pues señor, esto es más grave!

No hay duda, estoy encerrado.
Iba tan preocupado
que echó por fuera la llave!
Si yo pudiera saltar...
Suceda lo que suceda!...
(Acercándose al balcon y midiendo la altura con la vista.)
Qué! Si me voy á estrellar!
Pues señor, bien; no me queda
más remedio que esperar.
(Tropieza varias veces en los muebles.)
¡Dios mio! ¡Qué situacion!
¡Vaya un médico! ¡Bribon!
Á poco me deja ciego!
Sólo me falta que luego
me cobre la operacion.
Será desinteresado,
pero si bien se repara
yo de sobra le he pagado...
La operación me ha costado
—¡ay!—un ojo de la cara!

ESCENA XII.

DICHO, SOLITA, que abre la segunda puerta izquierda y entra sigilosamente hasta colocarse detrás de Roberto.

SOLITA. Roberto!
ROB. (Gran Dios! Solita!
Sólo me faltaba esto!)
SOLITA. Qué tal? Cómo sigue usted?
Ya me han contado el suceso.
Qué desgracia tan sensible!
Qué descuido tan tremendo!
No puede usted figurarse
cómo me quedé al saberlo!
Pero qué tenía usted?
porque lo que es por su aspecto
no se conocía nada!
ROB. Claro!
SOLITA. Unos ojos tan buenos,
tan rasgados, tan brillantes.

tan expresivos. tan negros!...

ROB. Gracias.

SOLITA. Ay Roberto!

ROB. No!
no me llame usted Roberto!

SOLITA. Que no le llame? Y por qué?

ROB. Ya se lo diré á su tiempo...
Vaya, me voy.

SOLITA. Se va usted?

ROB. Me voy á tomar el fresco.

SOLITA. No, de ninguna manera; (Conteniéndole.)
puede empeorar con eso;
el doctor lo ha prohibido...
y yo no se lo consiento.

ROB (Pues señor, bien!)

SOLITA. ¿Se va usted
por ventura suponiendo
que despues de esa desgracia
he de quererle yo ménos?
No señor, muy al contrario..
Hoy doblemente le quiero.

ROB. Gracias.

SOLITA. Pensaba algun dia
de mi amor en los ensueños
feliz mirarme en sus ojos,
mas ya que en los dos no puedo,
le expresaré mi cariño
mirándome en el izquierdo.
Sí, Roberto!

ROB. Por favor!
no me nombre, se lo ruego!

SOLITA Es verdad, me he distraido,
dispénseme usted, Roberto.

ROB. Señora!

SOLITA. Está usted nervioso!

ROB. Muy nervioso! Ya lo creo!

SOLITA Nada, pues calma, por Dios!
que las cuestiones de nervios
las conozco bien y nadie
como yo sabe el remedio.
Tila, tila, mucha tila!
Voy por una taza y vuelvo.

(Váse segunda izquierda.)

ESCENA XIII.

ROBERTO.

Qué calamidad! Dios mio!
Qué mujer! es un mareo!
Para escuchar tonterías
estoy yo en estos momentos!

ESCENA XIV.

ROBERTO y ANDRÉS, luego RUFINO.

ANDRES. Fué inútil el molestarme!
No he encontrado en casa al tal
mequetrefe!
ROB. (Es natural;
¿cómo había de encontrarme?)
ANDRES. Mas ya me tranquilicé
y desprecio al desdichado.
ROB. Si, señor, muy bien pensado;
nada, desprécielo usté.
(El doctor hace señas á D. Rufino para que entre.)
RUFINO. (Que entre? Me dice que sí,
cumpliré mi cometido.)
Esta carta que han traido
ahora mismo para tí.
ANDRES. Con permiso. (Á Roberto.—Abre la carta.)
ROB. (Qué será.)
RUFINO. (Me están dando ganas de!...)
ANDRES. Si es de su papá de usté!
ROB. (Me mató!) ¿De mi papá?
ANDRES. «Queridísimo doctor;
Hoy de su amistad exijo
que venga á ver á mi hijo,
porque está mucho peor.»
ROB. (Ay! No se lo qué me pasa!)
ANDRES. «No le es posible salir
y tiene usted que venir
á reconocerle á casa.»

Qué es esto?
ROB. Nada, que no...
Cómo me estaba doliendo...
Diré á usted...
ANDRES. Pero no entiendo ..
ROB. (Y como le explico yo?...
Vamos, ya encontré manera!)
Pues sí, me agravé, y papá
al verme asi... claro está...
no quería que saliera...
(Ya salí!) Pero el dolor
conocí que iba en aumento
y dije: «en este momento
me voy á ver al doctor...»
y por no alarmarle...
ANDRES. Ya!
ROB. Sin decir nada, salí...
y por eso estoy aquí
sin que lo sepa papá.
ANDRES. Vamos, usted ha querido
evitarle la impresion
triste de una operacion.
ROB. Sí señor, por eso ha sido.
Tengo un padre tan amante ..
ANDRES. Ha hecho usted perfectamente.
(Y con qué frescura miente
el grandísimo tunante!)
ROB. (Al fin encontré salida.)
Pues, doctor, con su permiso...
ANDRES. Si señor, sí, ya es preciso
marchar á casa en seguida.
ROB. Sí; si; me voy al momento...
ANDRES. No, que el fresco de la noche...
Yo le llevaré en mi coche.
ROB. No señor, no lo consiento.
ANDRES. Debo explicarle al papá...
ROB. (Santo Dios!)
ANDRES. Lo que ha ocurrido,
y despues de haberme oido
mi falta disculpará.
Y ántes veré el resultado
de la operacion:—¿quién sabe?

quizá no sea tan grave
como yo me he figurado.
Á veces no hay quien entienda...

ROB. Quiéralo el cielo, doctor!

ANDRES Á ver: haga usté el favor
de ayudar. (Á D. Rufino.)
(Hace sentarse á Roberto, que, como recordando el pinchazo anterior, mira ántes el asiento.)
Fuera la venda!
Tal vez podamos lograr...

ROB. Soy dichoso! Veo! veo!
(Con exagerada y cómica alegría y tapándose con una mano el ojo izquierdo para convencerse de que ve con el derecho.)

ANDRES. Cómo! Ve usted?

ROB. Ya lo creo!

ANDRES. Hombre... vamos á probar.
Lea usted! (Dándole á leer la carta.)

ROB. (¡Huy! Cielo santo!
Mi carta!)

RUFINO. (Á ver que decía!)
(Se pone las gafas y por encima de la cabeza de Roberto lee para sí la carta.)

ANDRES. ¿Qué tal?

ROB. Bien!

RUFINO. (¡Qué picardía!)
Yo no sé cómo lo aguanto!)

ANDRES. ¿Vé usted?

ROB. Si señor!

ANDRES. ¿Si, eh?
Pues lea usté esa posdata
que he añadido yo!

ROB. (Me mata!)

ANDRES. Vamos, hombre, lea usté!

RUFINO. (¡Qué grandísimo bribon!)

ANDRES. Pero, lea usted!

ROB. Sí!... Sí...! (Lee temblando.)
«Si vuelve usted por aquí
le tiro por el balcon!»

RUFINO. ¡Bien!

ANDRES. (Haciéndole levantar.) Y á más le dejo tuerto
de veras, y sin reparo!

ESCENA XV.

DICHOS y SOLITA.

RUFINO. ¡Muy bien!
SOLITA. ¿Conque ve usted claro?
Sea enhorabuena ¡Roberto!
ROB. (Ay!)
SOLITA. (Á Andrés.) ¿Y lo deja usté así?
¿Sin desafiarle ahora?
ANDRES. Yo no manejo, señora,
más arma que el bisturí.
Un duelo importancia dá!
mejor táctica es la mia!
El duelo lo contaría;
esto no lo contará.
—¿Verdad? (Á Roberto.)
ROB. ¡Ay! No señor... no!
Y yo le suplico á usté...
ANDRES. No! Yo no lo contaré!
ROB. Gracias!
ANDRES. Esto se acabó!
(Cogiendo el sombrero y ofreciéndosele con cortesía.)
Aquí no ha pasado nada!
ROB. Gracias!
ANDRES. Esa es la salida!
(Empujándole hácia la puerta.—Roberto vuelve asustado la cabeza como temiendo un puntapié.)
ROB. (No vuelvo en toda mi vida
á mirar á una casada!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y MERCEDES, con la que tropieza ROBERTO al salir.

ROB. Señora... á los... piés de usté!
(Váse completamente aturdido, tropezando en el quicio de la puerta.)
MERC. Casi hay que compadecerle!

RUFINO. Lo que yo siento es no haberle
arrimado un puntapié!

SOLITA. (¡Y yo!)

MERC. Andrés mio!

ANDRES. Mercedes!

SOLITA. (De ira el corazon me salta!)
Ahora ya solo me falta... (Al público.)
que no me aplaudan ustedes!

FIN.

Sr Dn
Josefa Cuber
Lorenzo

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería
9	2	La marca del presidiario-m. a. p..................	3	Magin Venancio.....	»
7	2	Sucumbir en la orilla-d. o. v.	3	D. Luis Oneca.........	»
		ZARZUELAS.			
»	»	Á la pradera..............	1	D. Juan Maestre........	L.
»	»	Á oposicion..............	1	Sres. Sta. María y Reig.	L. y M.
»	»	Á real por duro..........	1	C. Navarro, E. Navarro y A. Rubio..	L. y M.
»	»	Á terno seco..............	1	D. C. Navarro..........	L.
2	2	Con paz y ventura.........	1	Sres. Navarro y Gorriz..	L.
»	»	Choza y palacio...........	1	Manuel Perillan......	M
4	3 c.	Dudas y celos............	1	C. Navarro...........	L.
2	2	Efectos de 30! dias.......	1	Ildefonso Valdivia.....	L.
»	»	El baile de porvenir.......	1	C. Navarro..........	Mit. L.
2	3	El capitan de lanceros......	1	Mota-Gonz. y Hernandez	L. y M.
7	5	El lavadero de la Florida ...	1	Isidoro Hernandez....	M.
12	3 c.	El laurel de oro..........	2	Navarro y Rubio.....	½L½M
»	»	El mejor postor..........	1	Tomás Reig.........	M.
»	»	El ruiseñor..............	1	Tomás Reig.........	M.
8	2 c.	El salto del gallego, *parodia*.	1	C. Navarro.........	½ L.
4	2	En el cuartel............	1	Navarro y Gamayo,...	L.
10	1	En el viaducto...........	1	Tomás Reig.......	M.
7	5	Fiestas de antaño.........	1	Navarro y C. Martinez.	L.
»	»	Fuego y estopa..........	1	Tomás Reig........	M.
5	1	Gimnasio higiénico........	1	Fernando Bocherini...	L.
»	»	La gran noche............	1	Sres. Maestre y Hernandez	L. y M.
4	1	La jota Aragonesa.........	1	D. C. Navarro..........	L.
12	6	La plaza de Anton Martin...	1	Sres. Granés, Sierra, Prieto Valverde y Chueca.	L. y M.
1	1	La sopa está en la mesa....	1	Ángel Rubio......	M.
»	»	Los timadores..........	1	D. Pascual de Alba....	L.
4	3	Mártes, 13..............	2	Navarro, Rubio y Espino.............	M y ½ L.
	1	Mata moros.............	1	C. Navarro..........	L.
	»	Mazapan de Toledo........	1	Angel Rubio........	M.
	»	Nos matamos.............	1	C. Navarro..........	½ L.
	»	Odio de raza..............	1	Tomás Reig.........	M.
	3	Oidos á componer........	1	Cocat y Reig.........	L. y M.
	2 c.	Retreta..................	1	Pedro Gorriz	L.
	»	Sin conocerse............	1	C. Navarro.........	L.
»	»	Sitiado por hambre:.......	1	Sres. Alba y Espino....	M. y ½ L.
»	»	Tipos y topos.............	1	Navarro y Rubio....	L. y M.
»	»	Tirios y Troyanos.........	1	Vega y varios Maestros.	L. y M.
»	»	Una historia en un Wagon..	1	D. Tomás Reig.........	M.
2	1	Un perro grande..........	1	C. Navarro..........	½ L.
»	»	Adios mundo amargo......	2	Sres. Rubio y Espino....	M.
»	»	Cosas de España, *revista*....	2	Alba, Cansinos y Reig	M. y ½ L.
»	»	El paje de la Duquesa	2	Antonio Llanos.....	M.
3	2	La tela de araña..........	2	D. C. Navarro.........	½ L.
»	»	Madrid se divierte. *revista*..	2	Gorriz Rubio y Espino.	L. y M,
6	2	Corona contra corona......	3	C. Navarro..........	L.
8	3 c.	El sacristan de San Justo...	3	C. Navarro..........	½ L.
»	»	Las mil y una noches......	3	Sres. Pina Dom. y Rubio	L. y ½ M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. M. Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol; de *D. S. Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y Osler*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta ADMINISTRACION.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.